

Universidad y crítica educativa



 **Humberto Njaim**

Desde hace unos años la Universidad venezolana efervesce de experimentos pedagógicos. A nivel individual e institucional han surgido nuevos lenguajes y se han impuesto regulaciones que parecerían indicar cambios sustantivos respecto del pasado.

Estos cambios lejos de haber sido fruto de un proceso reflexivo y conscientemente controlado en sus distintas fases han resultado del juego de diferentes influencias frente a las cuales la comunidad universitaria ha reaccionado como mejor ha podido.

El sistema democrático propulsó el gasto educativo y abrió la escuela a grandes sectores de la población.

Esto significó a la larga un aumento mayúsculo de la matrícula universitaria que rebasó las estructuras existentes y produjo un ambiente de crisis en que cada solución estaba siempre a la zaga de problemas cada vez más graves.

Al mismo tiempo en un sistema político democrático el auditorio estudiantil deja de ser pasivo y se convierte en un factor de presión conocedor de su fuerza y dispuesto a emplearla. La vida universitaria moldeada bajo el patrón del conflicto o la posibilidad permanente del mismo se convierte en una de las actividades sociales más cargadas de tensión psicológica para sus protagonistas.

Por otra parte, en el seno mismo del sistema educativo, se manifiesta un divorcio cada vez más acentuado entre la educación superior y la educación primaria y secundaria.

Cada una sigue su camino, sin mayor coordinación entre sí y, por lo tanto, sin el provecho y la inspiración que ello podría proporcionarles. La segunda generaba una serie de expectativas respecto de la Universidad que ésta no podía satisfacer. Y en la Universidad se multiplicaban las voces críticas respecto de los resultados producidos por la primaria y la secundaria.

Por muchas vías y por múltiples razones la reforma educativa se hacía perentoria. Pero en un ambiente tan politizado como el universitario lo político se valía de la crítica al tipo de educación como un instrumento. Y la crítica educativa sólo podía triunfar en la medida en que era empleada como tal.

Dos etapas pueden distinguirse en este proceso. En una primera se descubría que se estaba en desacuerdo con la forma de la educación universitaria porque había un desacuerdo político con el docente o con la institución. Así con el cambio político que sufre el país en 1958 los ataques a autoridades y profesores vinculados al régimen anterior encuentran pábulo en serias deficiencias pedagógicas que desempeñan, sin embargo, un papel incidental en dichos ataques. Del amigo político o de los sectores democráticos se pasan silenciosamente por debajo de la mesa las mismas críticas. Con el

movimiento llamado de renovación la crítica educativa como tal pasa a ocupar el primer plano pero bajo una forma desaforada y desmesurada de crítica al sistema en general. Prácticamente puede decirse que no queda títere con cabeza. Y en este sentido la renovación remeció en forma saludable los fundamentos del fariseísmo imperante.

De entonces acá se allanan muchas de las resistencias institucionales a los proyectos de reforma educativa y éstos, más bien, florecen en sobreabundancia. En ellos se incorporan nuevos vocablos prestigiosos tales como: "enseñanza-aprendizaje", "clase activa", "objetivos"... Los mismos enriquecen también el lenguaje de los grupos de presión estudiantiles y profesoriales. La incorporación de nuevas generaciones de docentes trae consigo puntos de vista diferentes y ensayo de nuevos métodos.

Sin embargo, cabría preguntarse si no hemos entrado de lleno en una tercera etapa distinta de las dos anteriormente descritas. El florecimiento silvestre de nuevas fórmulas puede dar lugar a serias contradicciones. Uno no le gustaría estar en el lugar de alumnos que han pasado sucesivamente por métodos tradicionales, por clases activas de tipo rogersiano y por metodologías de tipo conductista. Para algunos selectos esto habrá sido incitante. Para la gran masa sólo puede traer consigo ansiedad y una sensación de incoherencia. Los nuevos vocablos se devalúan aceleradamente. Unos los repiten automáticamente. Otros los aceptan en forma pasiva sin comprender su significado. Sin embargo, han dejado tras sí una estela de expectativas que no han sido satisfechas y ello amenaza con el desprestigio a muchos esfuerzos sinceros y bien orientados de reforma.

Es en esta etapa de agotamiento, empero, en que resulta más necesaria una meditación sobre todo el proceso educativo venezolano y no, simplemente, sobre la educación superior.

